

Verdi comienza a componer. En la nocturna orilla del Éufrates, se encuentran sentados los esclavizados hebreos y sienten nostalgia de la perdida patria. ¿Será su dios más fuerte que Baal, la divinidad de los babilonios?.

El rey Nabucodonosor tiene una hija adoptada, Abigail, que quiere, a su vez, ser reina. Ese difícil papel será cantado por la joven, bella soprano Giuseppina Strepponi, que valora la música de Verdi. Pero Verdi sigue sin estar totalmente satisfecho con el libreto. Sin embargo, el autor, Solera, no quiere modificarlo. ¡Le ha gustado al director Merelli y con ello es suficiente! “Después del coro de los esclavos”, insiste Verdi, “¡no necesito ningún dueto de amor, sino una oración del sumo sacerdote Zacarías, con una profecía consoladora!”.

“¡Podría ser una idea!”, gruñe Solera. Verdi arroja una Biblia sobre la mesa. “Aquí tienes el texto. Solamente tienes que convertirlo en versos. ¡E inmediatamente!”. Salta hacia la puerta, la canda y se mete la llave en el bolsillo. No se siente bien al hacerlo. Solera es un oso de hombre, además irascible. ¿Golpeará a Verdi? Sin embargo, Solera se sienta a la mesa. En un cuarto de hora, el aria está terminada.

Nabucco, como más tarde se conocerá la ópera, entusiasma al público. De la noche a la mañana, Verdi es conocido como máximo compositor italiano de óperas. ¡Un brillante episodio, la oración de Zacarías! ¡El coro de los esclavos es fácil de tararear! Y, naturalmente, llama la atención el que muchos italianos ansían la libertad y quisieran quitarse de encima la opresión de la monarquía de los Habsburgo. Por cierto, no hay que subestimar los efectos teatrales en el escenario: ¡Cómo un rayo le arranca al rey la corona de la cabeza! ¿Cómo consiguen los técnicos ese efecto? ¡Frotan los hilos con pólvora!

Verdi visita a la Strepponi en su camerino. Quiere agradecerle su ayuda pero, de la emoción, no encuentra palabras, no sabe dónde meter las manos.

¡Oh, qué bella es! Giuseppina Strepponi tose. El papel de Abigail ha dañado su alta y nítida voz. En realidad, canta demasiado pero tiene que ganar dinero para su hermana y los hijos que ésta ha tenido como secreta amante de un tenor. “Verdi”, dice, “para la próxima ópera, pida usted a Merelli el mismo dinero que él ha pagado a Bellini por ‘Norma’. O un poco más, ¿sí?”.

Verdi asiente inseguro. ¿Tanto como el famoso compositor Bellini por su famosa “Norma”? Más tarde, Verdi examina detenidamente el nuevo contrato. Merelli ha dejado sin rellenar la línea donde debía estar la cantidad. ¡Pues, bueno! Verdi sumerge la pluma en el tintero.

¡Nunca antes había tenido Verdi tantos amigos! Todos quieren pasear de su brazo por Milán. Lo arrastran a los salones de las condesas, que hacen campaña a favor de la resistencia contra el dominio extranjero. Tiene que “disfrazarse” con frac y sombrero de copa. ¡Addio, querido sombrero de paja! Y tiene que componer, enfrentarse a la censura. Está encadenado a sus contratos como un presidiario, trabajará como un esclavo a los remos de una galera. Trece óperas en ocho años. Y, en su música, tiene que acreditarse como italiano: El coro de los cruzados en **I Lombardi alla prima crociata** (“Los lombardos en la primera cruzada”) es entendido como una oculta llamada por un sentimiento nacional. ¿Toma alguien en serio lo que la hija del jefe cristiano le arroja a la cara a su padre, henchido de ímpetu guerrero? Él quiere aplastar a los sarracenos con el viejo grito de guerra de los cruzados: “¡Dios lo quiere!”. “¡Dios no lo quiere!”, se indigna ella.

Giuseppina Strepponi

